

Cuaderno abierto

Antonio PEREIRA

Un día al mes, en un restaurante de Madrid, se reúnen a comer los miembros de cierta peña amigable, y no puede decirse que se trate de jóvenes comensales si se piensa que yo, alguna vez en que asistí, era precisamente el benjamín. Hace unos días me tocó enfrente de un señor cuya cara, que no describiré, me tuvo en vilo pensando de qué conozco yo esta cara. A la hora del café se desataron las confidencias y los recuerdos. Mi vecino había sido político con Franco -dijo-, y sucesivamente ejerció de gobernador en diversas provincias. Contó algunas anécdotas, y me parece que se estaba refiriendo al primero de sus gobiernos, o sea, lo que llaman un gobierno civil «de entrada».

Me puse a escucharlo con interés, porque siempre me he sentido curioso por las parcelas pequeñas del poder. Pienso que esto nació en mí la primera vez que crucé el puente de San Marcos y leí en la fachada del monasterio una placa de aire administrativo que decía Ciudad de León, capital de provincia. El presidente de la Diputación (entonces Ramiro Armesto) me parecía una figura política muy importante. Y lo ratifico al cabo de cincuenta años, sólo que ahora, cuando la provincia nos debiera ser más necesaria y entrañable que nunca, me lo parece con mayor razón... El gobernador era otra cosa. En las décadas del antiguo régimen los presidentes podían ser más o menos nombrados desde Madrid, pero eran auténticos leoneses. Los gobernadores es seguro que salían de El Pardo -como ahora salen de la Moncloa-, y podían venir de Albacete o de Huelva. Confieso que en mi adolescencia y juventud algo estrechas de pecho yo hubiera querido ser gobernador y jefe provincial para manifestarme con toda la pompa y majestad del uniforme y que las chicas me viesen desde los balcones presidiendo una procesión.

Al ex gobernador de mi sobremesa madrileña le oí que había llegado a su primer puesto en plenísima juventud, aunque ya con las oposiciones ganadas, y no puedo atestiguar si casado o en situación de «primer soltero de la provincia». Deduje que era amigo de los signos externos del mando, en lo que acaso no fuera descaminado si se considera que hay gente a la que le das la mano y se toma el brazo. No sólo reforzó el protocolo de las audiencias, sino que instó a los periódicos para que publicaran cada día las que eran otorgadas en su despacho oficial

Luego, y por muy autocráticos que corriesen los tiempos, había que establecer

una comunicación política con las otras instancias, aprenderse el pie de que cojea éste o aquel alcalde, tener idea de las fuerzas vivas, conocer las individualidades que siempre sobresalen incluso en la más adicta de las ciudadanías... Creo yo que para esto habrá ficheros, dosieres, asesores particulares. Contó que sí, que ciertamente lo habían puesto al corriente de todo. Alguien, incluso, se le acercó con vocación servicial: un raro y tácito expediente, una peculiaridad autóctona, que probablemente se venía pasando de un poncio a otro...

-Pero hombre, pero hombre -debió de sonreír en su sillón la máxima autoridad-. Dice usted que un escritor y crítico, un poeta local. Me parece que eso será fácil de arreglar.

-Verá, señor gobernador. Lo malo está en que no es un poeta local; que por menos de nada sale por la B.B.C. de Londres...

Entonces se me encendió una luz en el recuerdo y la cara del contertulio y memorialista dejó de ser una cara anónima, al tiempo que la provincia hasta entonces abstracta cobraba un perfil seguro, reconocible...

Y ahora que lo pienso. Por dónde me habrá venido a la pluma esta historia cuando había pensado escribir a Crémer -¡qué tendrá que ver!-; sobre esa presentación de su poesía completa en la Casa de la Cultura.